

Fidelidad

FICHA 2

PLAN PARARESUCITAR

Para meditar con Francisco

«Invitar a la alegría (ficha de trabajo anterior) pudiera parecer una provocación, e incluso, una broma de mal gusto ante las graves consecuencias que estamos sufriendo por el COVID-19... Como las primeras discípulas que iban al sepulcro, **vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre que nos hace preguntarnos: “¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?”** (Mc 16, 3)... El impacto de todo lo que sucede, las graves consecuencias que ya se reportan y vislumbran, el dolor y el luto por nuestros seres queridos nos desorientan, acongojan y paralizan. **Es la pesantez de la piedra del sepulcro que se impone ante el futuro y que amenaza, con su realismo, sepultar toda esperanza.** Es la pesantez de la angustia de personas vulnerables y ancianas que atraviesan la cuarentena en la más absoluta soledad, es la pesantez de las familias que no saben ya como arrimar un plato de comida a sus mesas, es la pesantez del personal sanitario y servidores públicos al sentirse exhaustos y desbordados... esa pesantez que parece tener la última palabra. Sin embargo, resulta conmovedor destacar la actitud de las mujeres del Evangelio. Frente a las dudas, el sufrimiento, la perplejidad... fueron capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar por lo que estaba aconteciendo. Por amor al Maestro... fueron capaces de asumir la vida como venía, sortear astutamente los obstáculos para estar cerca de su Señor. A diferencia de muchos de los Apóstoles que huyeron presos del miedo y la inseguridad, que negaron al Señor y escaparon (cfr. Jn 18, 25-27), ellas, **sin evadirse ni ignorar lo que sucedía, sin huir ni escapar... supieron simplemente estar y acompañar.**

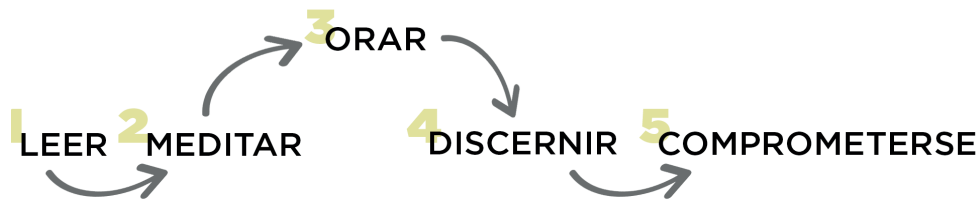
Como las primeras discípulas, que, en medio de la oscuridad y el desconsuelo, cargaron sus bolsas con perfumes y se pusieron en camino para ungir al Maestro sepultado (cfr. Mc 16, 1), **nosotros pudimos, en este tiempo, ver a muchos que buscaron aportar la unción de la corresponsabilidad para cuidar y no poner en riesgo la vida de los demás...** Pudimos descubrir cómo muchas personas que ya vivían y tenían que sufrir la pandemia de la exclusión y la indiferencia siguieron esforzándose, acompañándose y sosteniéndose para que esta situación sea (o bien, fuese) menos dolorosa. Vimos la unción derramada por médicos, enfermeros y enfermeras, reponedores de góndolas, limpiadores, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, abuelos y educadores y tantos otros que se animaron a entregar todo lo que poseían para aportar un poco de cura, de calma y alma a la situación.

Y aunque la pregunta seguía siendo la misma: “¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?” (Mc 16, 3), todos ellos no dejaron de hacer lo que sentían que podían y tenían que dar.»

Papa Francisco, “Un plan para resucitar”

Para orar con la Palabra

Pero, siempre, la misma condición: **salir del propio querer e interés** para que Dios pueda pronunciarse con libertad en tu vida. Recuerda los pasos:



Y hoy volvemos a enfrentarnos con las fanfarronadas de Pedro, con su querer ser el primero, ser el reconocido como superior entre todos, ser el más importante... y, con Pedro, enfrentamos, también, nuestras fanfarronadas: deseos de perfección, de ser reconocidos, de ser...

Dejémonos tocar por el **gesto de Jesús** (toalla y palancana) y por **su mandato**: “cuida de tus hermanos”. Siempre llamándonos con misericordia en el centro de nuestras infidelidades: para levantarnos y para continuar nuestro camino (tres veces negó, tres veces es preguntado). Y recuerda: el pecado vence no cuando caemos, sino cuando nos convence de que no podemos levantarnos.

Toma tu Biblia, busca Juan 21, 15-19 y ora: **“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas”**.

“la fidelidad en el seguimiento se traduce en el envío del cuidado”

Para discernir y comprometerse

Hacer lo que hay que hacer, aun en medio de las circunstancias más adversas, como en las que estamos... como las Mujeres del Evangelio. Esas mujeres que acuden al Sepulcro la Mañana de Pascua venciendo incertidumbres, angustias, dolores, miedos... desde el profundo amor a su Maestro. Porque la razón de la alegría cristiana no es otra que la que proviene de las acciones del mismo Dios: es Él quien descubre las piedras de nuestros sepulcros; es Él, siempre generoso con nosotros, **quien restaura nuestros deseos de caminar**.

Esta es siempre la causa de nuestra alegría aun en las más fuertes adversidades: la entrañable misericordia del Buen Padre/Madre Dios que cuida de nosotros, que vela por sus hijos. Así es el anuncio de Jesús, el Cristo Resucitado: **“paz y serenidad”**. Ese es el mensaje que Dios nos anuncia con su vida, después de su muerte y ya vivo para siempre. Y, por eso, el gozo va mucho más allá de la superación de nuestras angustias.

Es vivir fielmente en la seguridad de sentirse querido, reconciliado por Dios y saberse redimido por la entrega de su Hijo. A veces pesará la cruz (“otro te llevará donde no quieras”), pero el yugo es llevadero y la carga ligera, pues el Espíritu del Señor resucitado siempre acompaña nuestro caminar. Y, por eso, **“sígueme”**... Y, por eso, **la fidelidad en el seguimiento se traduce en el envío del cuidado: “cuida de tus hermanos”**.